

UNA NUEVA MANERA DE HACER POLÍTICA

*Luis Carlos Galán Sarmiento**

En este momento es imposible calcular las proporciones de la participación electoral en el presente año y si la abstención será mayor o menor ahora que en 1972, o en 1968, o en 1964, cuando hubo consultas similares. Tampoco se sabe qué tendencias mostrarán los electores de 18 años y si el total de jóvenes que alcanzaron a obtener cédula, será suficientemente representativo para una interpretación objetiva de lo que piensan las nuevas generaciones acerca de la política, el sistema, el gobierno, los partidos y los dirigentes políticos. Por ahora no hay otro elemento de juicio que los indicios de la campaña electoral, especialmente, los que pueden observarse en la acción proselitista de los diversos sectores que compiten

por una victoria en abril próximo.

Es evidente que los jóvenes están participando en política y ello se aprecia en cualquier gira que se realice. No se puede decir en términos relativos cuál es la proporción de su presencia, pero resulta innegable que los colombianos nacidos durante o después de la Segunda Guerra Mundial, no son indiferentes a la política y que ya hay muchos jóvenes nacidos en el gobierno de Laureano Gómez o en el de Rojas que se han presentado como candidatos a los concejos y asambleas.

En la democratización liberal la presencia de los jóvenes es real creciente. Un número elevado aspira a ingresar en las asambleas y concejos con buenas posibilidades; varios de ellos ya cuentan con experiencia muy respetable en problemas locales y regionales, algunos han trabajado

* *Nueva Frontera*, número 72, Bogotá, marzo de 1976.

en posiciones administrativas importantes en los departamentos y municipios y todos han demostrado que contemplan los asuntos públicos con criterios nuevos, esperanzas también nuevas y una perspectiva diferente de la sociedad y de la vida. Se escuchan con frecuencia, entre los jóvenes de la Democratización, oradores serios, buenos expositores, gentes que hablan con franqueza, que aplican honestamente los criterios liberales y no se acomplejan ante los “barones electorales” que abundan y sobreviven en todas las regiones. En su inmensa mayoría los nuevos políticos están conscientes de que su papel en la campaña no se puede reducir a gritar en las manifestaciones en honor del “barón” del respectivo feudo político, “cargar ladrillo” y pegar carteles, sino que es su derecho presentar su nombre para someterlo al juicio de los electores.

El Moir basa toda su fuerza y posibilidades en los universitarios. Se puede estar en desacuerdo con los “moirianos”, pero no se puede negar que tienen prosélitos con mística—casi fanáticos— y en su inmensa mayoría gente nueva.

En los dominios conservadores la presencia juvenil es real pero ostensiblemente más modesta y menos activa, En la Anapo ha disminuido notablemente y en el partido comunista las cosas con la juventud son muy diferentes de como eran hace una década.

No es fácil para la vieja guardia de los partidos, en los departamentos y municipios, aceptar y comprender

el derecho de la nueva generación a buscar poder y representación políticos. Quienes se sienten inseguros de sí mismos miran a los jóvenes con recelo y desconfianza. Al fin y al cabo la explosión de aspirantes guarda proporción con el crecimiento de la población, mientras que los puestos en las corporaciones no aumentan al mismo ritmo. La competencia para algunos es más difícil y no abundan los líderes nacionales y regionales que tengan la inteligencia para advertir que si no se rodean de gente nueva, si no confían en los políticos menores de 40 años, muy pronto serán desplazados.

A propósito de indicios sobre lo que puede suceder, desde este punto de vista, en las elecciones de abril, algunos, sinceramente no nos convencen. La nueva generación está dispersa mientras que la vieja guardia, en casi todos los departamentos, está prevenida y organizada para aplazar el acceso de nuevas gentes a la política. Los jóvenes deben comprender que el poder no se obtiene por concesión generosa del que lo posee. Sólo el pueblo puede y debe otorgarlo y solo lo hace cuando el aspirante a merecerlo se organiza debidamente. En la mayoría de las regiones —y obviamente en Bogotá— se ha seguido de cerca la acción de parejas y hasta tríos de jóvenes que luchan solidarios por ir a un concejo o una asamblea. Si bien es así como se debe comenzar, resulta indispensable pasar a grados más altos de organización de modo que se afirme, no solo la aparición de gente nueva, sino que se pruebe cómo su manera de hacer política también es nueva. Comprenderlo a tiempo,

especialmente en el partido liberal, es indispensable para que el partido defienda su credibilidad ante y entre los jóvenes, pero sobre todo, es fundamental para que la victoria que lograrán las tesis de Carlos Lleras Restrepo en las próximas elecciones tengan verdaderas y profundas consecuencias en la organización del partido, en su vida interna, en su funcionamiento y en su capacidad de movilización y orientación de los sectores populares del país. La meta de la nueva generación liberal debe ser, en 1978, que por lo menos la mitad de los parlamentarios del partido tengan menos de 40 años.

Ese será uno de los factores claves para demostrar y garantizar una profunda y perdurable renovación de las clases dirigentes del liberalismo. Tal objetivo solo se consigue saliendo a las plazas públicas y participando, sin temor a las zancadillas, en la tarea de reorganización liberal que acometerá Carlos Lleras después de la victoria de abril. En esa forma, el gobierno que presidirá Lleras Restrepo conciliará la experiencia del ilustre estadista, con el entusiasmo de por lo menos un centenar de parlamentarios liberales jóvenes en torno de su política y su administración.

